

## "El eterno retorno" en femenino

Helena Araújo

¿Tendrá razón Binswanger al afirmar que las formas imaginarias del sueño llevan los significados implícitos del inconsciente? Ciertas obras de la narrativa femenina latinoamericana imbrican ficciones que no pretenden deformar la realidad sino funcionar como una realidad nueva, contraída a partir de hipótesis y obsesiones: al introducir en el mundo efectos de irrealidad, las escritoras lidian objetos, imaginarios de representación a partir de una visión empírica. Finalmente, el punto de partida no parece ser una iniciativa súbita, sino un proyecto afín a un orden que trabaje sobre lo imposible. Por ejemplo, cuando se trata de una novela que aborda la problemática de la vida urbana, el texto puede enfocarse como una estructura de experiencias modificables. Reconocer la ciudad, desautomatizarla, reconfigurarla en una narración que alterne metonimias de una simbólica personal con denuncias ambientales o sociales, puede constituir un discurso válido en autoras como la ecuatoriana Rocío Durán Barba, abarcando un trascendentalismo afín a la teoría de que "el sueño, como la imaginación, es la forma concreta de la revelación."<sup>1</sup> Así lo describirá en 369 páginas de una novela redactada como autoficción especular y versión onírica del vivir contemporáneo.

### Una ciudad adicta a la poesía

En un monólogo entretejido de imágenes y alegorías, París, sueño eterno, evoca una ciudad adicta a la poesía, aunque sus habitantes se repartan entre solitarios-burgueses y desempleados-abandonados,

futuros clones destinados a convertirse en artículos de consumo. Como Diosa Gigante, París se exhibe sin recatos, admitiendo apenas su pasado histórico y entramándose en un escenario de callejuelas y buhardillas donde individuos ratoncillescos con apariencia de enanos nada pueden contra una civilización en que el arte se reinventa inútilmente. Sí, sí, luego de presentarse como "Hoy-Arte," La Gigante profetiza firmamentos de estrellas artificiales y anuncia que el descubrimiento del tríodo, el tétrado y el péntodo permitirá —a nivel electrónico— una estética sideral. Mientras tanto, la gente vive en un ambiente cuasi-químico, soportando aguas que son lecho de contaminantes aéreos y plásticos creadores de humores transportados por vientos olorosos a basuras y más basuras de los suburbios. ¿Admitirlo? En las habitaciones urbanas las pantallas de los ordenadores no sólo alertan sobre la amenaza nuclear sino anuncian la presencia de virus inalámbricos. ¿Luego la ley no autoriza la irradiación de ciertos artículos? De ahí los fantasmagóricos museos de conchas, útiles viejos, alimentos. Licores que la narradora-visitante no logra apreciar. Y... ¿quién osa negarlo? si el futuro es radioso el presente es químico. En las zonas rurales frutas y vegetales sufren manipulaciones genéticas. Gallinas y cerdos se nutren industrialmente. Vacas enloquecidas enferman con su CAME a los ya endeble ciudadanos. Entretanto, claro está, los peces se afectan con las explosiones nucleares de proyectos científicos. Bueno, a lo largo del texto, los diálogos de la autora-narradora con La Gigante parisina alternan con profecías apocalípticas y denuncias tan

alarmantes como las de ciertos panfletos ecologistas. En fin, la gente reacia a perecer de lo que podría denominarse peste urbana, deberá dirigirse a "consultorios filosóficos" donde será clasificada con quienes padecen dudas existenciales, conflictos afectivos o anhelos de "alivio al temor del mayor fin" (p. 251).

¿Qué hacer? Para consolarse de tan ingratas realidades, la visitante intenta distraerse en una "fábrica de efluvios" vecina a sitios donde se aglomeran quienes proceden "como si el acto de aspirar y lanzar humo por la boca fuera el mayor consuelo del desconsuelo" (p. 266). A la larga, cuando la tos cierra las gargantas, la ciudadanía ha de asumir su alergia al aire poluto. O entonces, buscando consuelo en la otrora frondosa avenida de los Campos Elíseos, soportar camiones cargados de figuras ciclópeas tan esperpénticas como los neones de una famosísima torre antes digna de culto y ahora risible celebración del nuevo siglo. Bueno, después del invierno llega la primavera -y La Gigante y su invitada visitarán bibliotecas. Siguiendo un itinerario borgiano se detendrán ante "la inmaterial, la nueva, digna del cerebro electrónico" (p. 319). Entonces, apabullada, la visitante prefiere irse a casa y refugiarse en la lectura. Sin embargo, luego de coleccionar volúmenes y ediciones para atesorar en su domicilio, será cruelmente despojada por una municipalidad ávida de recuperarlo todo para el barrio. Finalmente, al resarcirse con el comercio de librerías instalados al borde del Sena, decidirá marcharse, encerrarse y entregarse a la escritura, aceptando que "desde el mismo inicio de la aventura" sólo existe la ciudad (p. 338). Sí, quiere pasar "horas de horas en espera de frases precisas, remates o rimas y axiomas" (p. 339). Resumiendo en una cita de Borges los motivos de los poetas suicidas, tropezará entonces con la barrera de "explicar lo inexplicable." ¿Cierto? Allí y entonces viene otra vez La Gigante y ella misma por fin se percata de "alegrías geométricas" o "pausas perfumadas" (p. 346). Entonces la llama Hoy. La reconoce Sibila. Y el círculo recomienza.

Sobra decir que en esta novela lúdica y experimental, se prescinde de linealidad temporal y de unidad espacial. Además,

cuando las secuencias se desarticulan, surgen vaguedades definitorias que generan suspenso, perplejidad. Y los misterios del itinerario, los desórdenes de la trama, la relatividad de lo narrado, se combinan con súbitos lapsos poéticos, criptografías y anagramas. Cabe añadir, sin embargo, que si las contradicciones se adensan, no alcanzan a afectar aspectos lexicales bien trabajados y subordinados a ejes temáticos. ¿Repetirlo? la ciudad Gigante acompaña a la narradora en recorridos diurnos, nocturnos, invernales, primaverales. Ahora bien, si el absurdo brota en cada esquina y en cada plaza, desconociendo el legado histórico o arquitectónico de la urbe, nunca resulta tan flagrante como en las exhibiciones de arte. De antiguallas y galerías de fetiches a espectáculos de superproducción electrónica o puentes envueltos en tela plástica, las exposiciones de la metrópoli parecen protagonizar una crisis social, moral y estética anunciada en "la transformación de la antigua cultura en otra totalmente inédita; la de la democracia en funcionalismo; la de la persona particular en individuo anónimo; la del símbolo y la representación en definitiva realidad; la de la vieja energía de Dios en la pura y simple energía del universo, que el esfuerzo científico puede conocer, describir y convertir en información: no un mensaje que viaja sino un moldeamiento cultural de la mente de un organismo social" (...) En estas circunstancias, "no es fácil afirmar el fin del proceso artístico y la transformación del antiguo estatuto del Creador que con sus obras explicaba y daba forma al mundo, en uno nuevo de productor de objetos sin número, que circularán en un mercado dentro de un mundo que ya no tiene explicación porque su evidencia basta."<sup>2</sup>

### Las peripecias del vuelo sobrenatural

En fin, si el sueño parisiense de Rocío Durán Barca puede ser un memorial y una denuncia, la novela que inspira a Rosalba Campra la vida y milagros de un querubín argentino constituye una parodia a la vez histórica y testimonial. Para ello ¿cómo negarlo? la autora se ambienta en el realismo mágico.

Bueno, digamos que las torpezas del arcángel rioplatense recuerdan las de aquel anciano de enormes y pesadas alas que inaugura García Márquez en un cuento de juventud. Eso sí, al elegir una estética que prescribe la narrativa como principio y fin, Campra permite que los valores enunciativos rijan, imbricando valores poéticos con la trama. De cierto modo, lo irracional y la transgresión son normas del discurso, y la construcción codificada tiene vigencia dentro de una alquimia que sitúa el relato "entre la realidad y la fantasía, incorporando lo insólito a la semántica textual."<sup>3</sup> Así, sin incurrir en los lirismos de por ejemplo Laura Restrepo en su famosa novela angeológica,<sup>4</sup> Campra se asume como autora y cronista, alternando cada episodio con textos de historiografía sagrada e incluyendo nombres, clasificaciones y jerarquías religiosas, a tiempo que su protagonista se identifica como un provinciano inhibido, ajeno a eventos acaecidos por voluntad de un Creador reacio a todo orden cronológico. ¿Revelarlo? Atilio Correa (como se llama), puede saltar de los regímenes coloniales a las guerras de la independencia o los años de la aún reciente dictadura militar, sin perder su inocencia ni su ansia de vivir.

En fin, va siendo tiempo de relatar sus aventuras. ¿Por dónde comenzar? En el año del Señor 1878, Atilio recuerda que aún era chico cuando su madre decidió irse al campo, tal como lo evocará en un tren que atraviesa pampas, potreros y sembrados, durante una misión que ha de conducirlo a la Patagonia. Bueno, setenta años antes también había recordado un banquete agreste en compañía de una morena lánguida, precisamente cuando los ingleses desembarcaban en la ensenada de Barragán. Y tres siglos antes, por allá en 1536, había recordado que prefería vagar en la intemperie con las alas sueltas, para poder quedarse con los indios, siendo que "las mujeres se habían puesto del color de la ceniza, y eran capaces de vender el poco cuerpo que les quedaba por una cabeza de pescado" (p. 36) Además, para entonces, Atilio ya se había convencido de que aparte del hambre, la gente se estaba muriendo de nostalgia. Y nostalgia, seguramente, era lo que Atilio sentía al pensar

en su hermana. Por Dios, tanta nostalgia como para ir a buscar cuatro siglos después a la mansión de un diputado que le servía de cónyuge y alzar el vuelo con ella para dejarla en brazos del pescador que le enseñaría a amar. Poco tiempo antes, sin embargo, el arcángel había colaborado con ingleses que instalaban ferrocarriles en su país, conociendo emigrados de toda laya e indios que vivían para el trueque. ¿Le sería posible trasladarse en 1889 a la Exposición Universal de París? Claro. Enamoradizo, siempre, Atilio se prendería en París de una joven tan angelical como él, e igualmente dispuesta a admirar indios onas enjaulados, directamente importados de Argentina. ¿Dudarlo? En 1905, ya repatriado, el arcángel se transformaría en gallero por complacer una mulata aficionada a los rituales del vudú, aunque doscientos años antes (¡Dios mío!) Atilio hubiera vivido conflictos con la Inquisición y líos a causa de una imprenta traída al Nuevo Mundo por los jesuitas. Sin embargo en el siglo anterior, fatalmente enviado a las más próspera hacienda del régimen colonial, habría presenciado una revuelta fomentada por un cacique guaraní, antes de resurgir en la costa, afiliado a la piratería internacional. ¿Soportarlo? Cómplice del archifamoso corsario Mulleady, presenciaria contiendas contra los brasileños antes de regresar al presente trágico (1977) de la dictadura militar. Sí señor, compartiendo la guarida de cinco jóvenes revolucionarios, los sabría perseguidos por quienes "no tenían uniformes de policías," pero andaban "buscando a alguien" (p. 139). Bueno, además se trataba de muchachos exiliados, conversando a toda hora sobre lo que habían dejado atrás y apenando a un arcángel sin nadie a quien extrañar. Quizás por ese motivo, Atilio buscaría un tiempo fuera del tiempo, escalando la cordillera para conocer al cóndor en compañía de un chico capaz de presentarle al Cacique Bohórquez de Tucumán. Al alzar el vuelo con uno y otro, el querubín sabía que lo preferiría todo al espectáculo de una decapitación, negándose igualmente a presenciar el final de los calchaquies, sacados de sus tierras y expulsados de las provincias. ¿Olvidarlo? Cuando el chico que lo acompaña se

identifica repentinamente como un semejante, Atilio se devuelve al presente, decidiendo renunciar a sus cargos y resignándose a morir de desilusión. ¿Tendrá valor de instalarse en el tiempo y asumir la historia? "Con el corazón liviano, se decía que no le importaba, como no le importaba si lo que estaba decidiendo no lo había decidido él. Finalmente, todo era "asunto suyo" (p. 164).

Refiriéndose a la obra de Rosalba Campra, Antonio Melis menciona su atracción por lo fantástico, "concebido como interferencia de una forma de irracionalidad distinta dentro del orden tradicional." Al hallar sorprendente su novela, reitera que en Campra la obra de investigación y de crítica no afecta el género ficcional ni admite subordinación; garantizando, sin embargo, "la producción de un efecto osmótico."<sup>5</sup> Bueno, con respecto a autores como García Márquez,<sup>6</sup> no se puede negar que Campra acusa ciertas influencias y hereda ciertos rasgos, eludiendo con habilidad el contagio/plagio tan frecuente en colegas adictas a lo real maravilloso. A lo largo del texto, se diría que su visión de los hechos implica una intención desmistificadora con respecto a versiones épicas o heroizantes de la historiografía: una ironía y un humor dosificado contribuyen a lo que podría denominarse picaresca angelical. Finalmente, los itinerarios de Atilio durante la colonia, la independencia o la dictadura argentinas, incumben sobre todo las estructuras de la temporalidad. Entonces, como diría Binswanger, "el tiempo se despliega entre un punto de partida y un punto de llegada; agotándose en el desplazamiento para renovarse luego en una forma de repetición, un regreso y una nueva partida." ¿Dudarlo? Las desordenadas cronologías del relato conceden matiz lúdico a una trayectoria marcada en ritmos y vacilaciones, reflejando el carácter de un protagonista peligrosamente ambiguo. Verdad, sus capacidades de recordar para olvidar, negar para afirmar y hallar un destino en lo disímil, sorprenden y divierten durante la lectura. Metaforizando su paulatina humanización en intentos de lucidez y de cordura, el arcángel se entrena en las peripecias mismas del vuelo sobrenatural. Entonces, "la

señal puede ser el momento privilegiado en que completa su elevación, balanceándose imperceptiblemente, inmóvil, pero oscilando, antes de caer (6).

### **Deslumbrantes presencias del panteón tántrico**

Bueno, si los revoloteos y falsadas del serafín rioplatense resultan poco menos que vertiginosos, los del querubín que imagina la panameña Stella Dupuis en su novela *Memoria del Viento*, se miden a los trances de una Mama Grande que puede ser tántrica y tibetana, pero no por ello menos caribeña. Se trata, sí, sí, de Adolfina Ollares, cubana descendiente de emigrados españoles y esclavos africanos e indígenas. Adolfina, sí, hermana de cuatro bellas mestizas, capaces de reconocer desde la infancia sus dones de médium y vidente. Claro, Adolfina es todavía impúber cuando su parentela de Regla (población sacralizada por la Madre Divina) la admira como una mensajera del Más Allá. ¿Creerlo? De niña orará y danzará en Cuba, de adolescente estudiará, viajará y se radicará en Suiza, convertida en la esposa de un helveta incapaz de suministrarle lo que necesita: "sosiego para su alma." Ama de su hogar y madre de dos niños, Adolfina optará entonces por viajar a la India e instalarse en el ashram de su maestro de yoga para instruirse en el sincretismo de los cultos arcaicos y la religión védica. Tan intrépida como prudente, astuta y temeraria, la joven caribeña soportará con entusiasmo larga temporadas en el sur del continente antes de organizar una expedición al Tibet, donde conocerá al amor de su vida. ¿Verdad? Ni un gurú ni un lama ni un chamán. Apenas un canadiense llamado Edmond, tan idealista y tan devoto al Kailash, las meditaciones y abluciones como la mismísima Adolfina. Sin embargo, ninguna dicha es duradera: luego de un breve idilio, Edmond regresará a su esposa y a su tierra, antes de que su recién estrenada amante se devuelva a la Isla, decidida a recuperar su parentela y fundar en la casona familiar de Regla un refugio para niños callejeros. ¿Será posible que encuentre allí al mismo músico negro que solía

ponerla a bailar de niña y ahora logra hacerle "subir los santos" con un tambor africano que le induce el delirio y el trance allegándola al lienzo y a los colores y convirtiéndola en una pintora del Más Allá? Probablemente. Sin embargo, tampoco es ese su destino: una inesperada visita de Edmond el canadiense la deja encinta de una niña. ¿Profetizarlo? Sí, sí, será esa hermosa niña llamada Dulcida quien habrá de acompañarla años más tarde a otro viaje al Tibet. Y será allí, sí, sí, sí, que a Dulcida, -ya señorita- se le aparecerá un ángel musculado y sonriente frente a las aguas del lago Manasarovar. Bueno, mientras la madre seduce a un ingenuo guía maoísta, la hija es a su vez seducida por el divino lama. Kubera se llame el Señor de la abundancia, guardián de la región Norte: por vivir en austeridad durante mil años, "Brama le dio la inmortalidad" (p. 153). Inmortal, claro, -pero sensible a la belleza de las doncellas- el arcángel ama a dulcida y engendra en ella dos vigorosos mellizos. Así, abuela desde ya legendaria, Adolfina hará un último viaje a su Isla antes de regresar al Tibet. Allí, hospedada en un monasterio cercano a la montaña sagrada, se valdrá de todavía otra presencia angelical para hallar la cueva donde ha de esperarle un tránsito armonioso y sereno. ¿Anticiparlo? ahí mismo llegará Fred, el periodista norteamericano quien la reconoce y auxilia, y quien recoge sus diarios y enseres antes de viajar a Ginebra, donde vive la nieta Iré. Y antes de -¿por qué no?- comenzar con Iré un idilio en que ambos rememorarán la historia de Adolfina la maga, la vidente y la médium, tan adicta a deidades yorubas de su isla natal como a deslumbrantes presencias del panteón tántrico, entre las cuales ha de escoger quien la guíe hacia una brecha de estrellas para que "el núcleo vacío se llene de eternidad" (p. 204).

¿Hasta allí va la historia de Adolfina? En un ensayo sobre los contenidos semánticos de la literatura post-colonial, Gayatri Spivak menciona la importancia del folletín en narraciones de género demiúrgico, populares en la India.<sup>7</sup> Tras examinar varias capas de materialidad en la novelística, Spivak indaga en las estratificaciones que impone el saber metropolitano con respecto al "otro" cultural,

llegando a la conclusión de que una tradición oral reprimida durante siglos no puede comercializarse sin riesgos. ¿Se publicarán estas obras para satisfacer las demandas de un público foráneo, ávido de una espiritualidad que atrae a cierto turismo? En el caso de Memoria de Viento, es cierto que si la protagonista asume su rol de vidente y de mística, los demás personajes apenas se definen a lo largo de un texto en que especulaciones alucinantes y anomalías naturales se adaptan mal a una atmósfera que pretende ser religiosa en el Tibet, en la India o en la Cuba africana. ¿Cómo ignorar que en sus semejanzas a la crónica viajera y al epistolario familiar, la novela sucita tópicos y estereotipos? Y ya va siendo tiempo de preguntar: ¿no admite cierto protagonismo con respecto a la escritora? ¿Qué tanto de Stella Dupuis hay en Adolfina Ollares? La autoficción puede referirse a un tiempo recobrado, a una restitución de la memoria. También puede ser una búsqueda de la verdad, una invención de recuerdos. Ciertamente, al asumir cierta sinceridad, puede alcanzar "la tensión, la ambigüedad esencial, la fuerza, pero también la fragilidad constitutiva."<sup>8</sup>

#### Tiempos de premoniciones y de avatares

Después de intensas peregrinaciones en la India y trayectorias por Australia, Nueva Zelanda, el inmenso Chile y el Alto Perú, la colombiana Alba Lucía Ángel rompe un silencio de más de una década con una novela que podría definirse como *work in progress* o diario de viajes. Autofabulación de sí en contextos irreales, autoficción que impone indagaciones esotéricas, exigiendo un discurso de gran contenido simbólico, esta obra-río incluye figuras tutelares como la Madre, la Dama, la Abuela, la Dadora. Heredera del objetalismo y adoctrinada en el Oriente, Ángel construye su escritura según modelos para armar o desarmar alternando koanes, mantras y letanías en la elaboración de un imaginario transgresor.<sup>9</sup> ¿Negarlo? La autora prefiere a las normas convencionales, el vitalismo de una estética doblada de alucinación y delirio. A lo

largo de su crónica, los profetas alternan con los iluminados y los benditos con los malditos, en tiempos de premoniciones y avatares. El mito como fuerza irracional, el mito y su relación con el inconsciente, el mito en una semántica de trance y desvarío es materia textual. Ahora bien, si los capítulos que conciernen ciertas galácticas viajeras surgen como paratextos o meta-relatos de matiz científico, las protagonistas terrícolas se reconocen más bien en dilemas existenciales, anticipándose como narradoras a eventos y desenlaces. Doncellas de leyenda o hembras de fábula, las espaciales resultan en cambio tan etéreas como sus nombres: Arathaia, Arath-Matú, Aratho-Mí, Arami-Tho, transitan por zonas interplanetarias en tanto que exploradoras y guerreras intergalácticas. Sólo así, guiadas por diosas de estratos siderales, en ámbitos de diónisis sincrónicas, neutrones contingentes y resplandores mercurianos, asumen el rol de actantes.

Bueno, el esoterismo concierne entonces a quines osan amar en tierras tropicales a personajes como un rubio cuya voz de "campanitas de bosque" evoca el nombre de Mizarut. Sí, sí, la narradora asistirá con él a una fiesta donde abundan la "marimba" y la "nieve," viviendo un desenlace de gran pathos al verlo desplomarse desde un balcón como "una hojita" luego de un ritual en que otra invitada sucumbe a la sobredosis. ¿Imaginarlo? Durmiendo y despertando luego en una playa de arenas limpias, ella conocerá a Watusi, el forastero de porte africano que ha de obsequiarle una cinta tan magnética como la que él mismo lleva en su muñeca, antes de llevársela a su pieza y enseñarle todas las etapas del éxtasis orgiástico. ¿Será posible que al identificarse como protector de niños callejeros el angelical Watusi atraiga escuadrones entrenados para "limpiar" la ciudad de precisamente esos elementos? Watusi morirá, y una escala en la tragedia puede anticiparse a la aventura de otra narradora que es la misma, súbitamente infatuada por un titiritero también rubio y "doncel de la vida sin fronteras." ¿Arlequín se llama? Pues con Arlequín y en un auto prestado, subirá ella a una montaña en la región

de "nadie." Disertando sobre el Centro Dorado y recorriendo un umbroso monasterio antes de pernoctar en un altillo donde el cielo se abre "en luces amarillas" (p. 115). Urgida de "reponer su aura" y cumplir con el propósito de alucinarse "sólo en lunas llenas," la protagonista incidirá en un idilio lesbiano antes de presenciar el fatal altercado de Arlequín con fuerzas policiales dispuestas a castigar su intención de pregonar a gritos el amor libre. ¿Crearlo? la subsiguiente infatuación se la inspirará un joven de tez blanca "como pulpa de coco" (p. 156). Después de bautizarlo Príncipe Valiente, la eterna enamorada marchará con él y dos congéneres a un Centro de Meditación que ha de incendiarse durante una manifestación y un atentado de católicos fanáticos. Finalmente, tres seductores "mosqueteros," perecen en las llamas.

Assis, el poverello... La etapa subsiguiente será en una Italia de prodigios, leyendas y conmociones sísmicas, donde el docto y erudito Ariel deslumbra a la incansable peregrina -ya fascinada con un vendedor de flores de lavanda denominado Serafín, que no resulta, sin embargo, tan irresistible como Rafael, apodado el "hombre anaranjado" y dispuesto a conquistar con sus danzas de capoeira a las turistas de la ciudad-santuario donde solían contemplarse basílicas y frescos antes de que temblara la tierra en las postrimerías del siglo XX. ¿Anticiparlo? Serafín dialoga con las rosas mientras Rafael sigue "mirando sin mirar, cantando sin cantar; haciendo la limpieza del alma" (p.275), antes de anunciar que se irá de fiesta con una comparsa de travestis que serán posteriormente liquidados por mano justiciera. Después de rondas y de indagatorias, ¿Cómo olvidar a un Rafael lacerador? ¿A un Serafín con los genitales embutidos en la boca?

Pasa el tiempo... Una escala en la India mitológica, una peregrinación por selvas que rodean templos de Ghanesa, santuarios de Kali y Mahadeva, Durga y Shiva, llevarán a la heroína en busca de la Ciudad del Alba con dos compañeros lugareños, Bahadur y Raju. Sí, sí, luego de hospedarse en una cabaña guardada por un tigre, el singular trío vivirá trances con la Shakti, osando al fin trepar a la Montaña Sacra que acoge a los humildes.

¿Imaginarlo? De allí pasarían al "otro lado" si un viento abrasador no los propulsara en una cavema de donde habría de rescatarlos Raju con la luz de sus pupilas. ¿Posible o imposible? De vuelta a la civilización, a los tres jóvenes les entran ganas de arrendar motocicletas y... un accidente de tráfico no deja indemne sino a la eterna peregrina.

¿Dónde será la próxima aventura? Tal vez en Creta y en sus laberintos. Tres italianos de gallarda estirpe adensarán el episodio: Alexis, voz de címbalo y cabellos carboníferos, Constantino, artista itinerante y Mateo el de los ojos glaucos y la sonrisa hechizadora. Un trío, o mejor un cuarteto, se alojará en la casita "de la cueva," santuario de todos los colores y todos los sabores, vecina a ruinas y murallas del legendario Minotauro. ¿Creelo? Su historia empieza luego de un arduo entrenamiento à quatre, cierta mañana en que buscan "flores de cayena y piedra amarillas" (p. 339). Alexis dice: "las cosas son posibles sólo cuando nos salimos del yugo de la mente" (p. 335) y Constantino opina que "el mundo está mal hecho y muy mal repartido" (p. 338). Desde entonces, sí, "la locura va invadiendo los rincones" con Mateo de testigo (p. 340). Esa mañana, perdida en la manigua, la viajera verá una sombra surgir de los peñascos y una mano la agredirá "haciéndola dar vueltas como un trompo" (p. 350). Cuando Alexis da el grito de alarma (y de terror), el estilete de Constantino vuela, relumbrando antes de enterrarse en el cuello. Y cuando Mateo nota la rivalidad entre ambos, lo paga con su vida antes de que el vencedor, desesperado, se lance al vacío desde un farallón.

Y después del drama ¿qué sucede? La última aventura, preludeo del regreso, la vivirá la joven andariega en una Oceanía imaginaria, con Daniel el pelirrojo y Ianuth el indígena. Si uno le ha sido conocido desde siempre, el otro lleva una estrella como signo. ¿Llegará el día del gran viaje? ¿Mirará el viento Ianuth? Ese muchacho de piel azul oscura resulta imprevisible —en cambio Daniel escucha el mensaje de las cosas con la tranquilidad de un sabio nato. Pasa el tiempo... llega la hora de partir: Ularu llamaráse la montaña ígnea

tallada en roca viva. ¡A escalar se ha dicho! Y el escalar sigue su curso hasta que surjan quienes cumplan el sueño de la doncella. ¿Quiénes? Cinco criaturas de color azul la harán tenderse en medio de aquel círculo, acariciándola hasta darle a oír un nombre que van dejando dentro de su piel. Sí, sí, ella lo repetirá como una mantra, diciéndose que la entrada de la muerte no se asemeja a la entrada de la vida, aunque el puente del mismo sueño pueda ser la llamada "realidad." Entretanto, Daniel la arroja y Ianuth la frota con aceite; ni gritar puede ante la soledad en ese espacio gélido. ¿Y luego? Ha de encender las tres cerillas de un obligatorio rito antes de que las distancias se vayan acortando y pueda entregarse a los ritmos del sol de los ocasos, con la razón abierta y el cuerpo resonante. Ya, ya se acerca el momento del adiós. Situado en la punta de la luz, Daniel es capaz de asir la liana que ha de llevarlo a la otra orilla. ¿Verá lo que ella vé? Ianuth se aleja como quien deja un sitio en llamas: salta al vacío y su cuerpo fulge antes de eclipsarse. Lejos, Daniel avanza hacia el murallón de piedra de un castillo y la narradora siente la voz de Ianuth murmurando que el regreso es allí, mientras escucha la risa de viento de Daniel, reconociéndose por fin como una navegante del espacio: "serás lo que tú eres, porque no hay más remedio. Ya llegaste." Sin saberlo, Arathía ha cumplido su destino: Arthit-Matí, viajera intergaláctica, siente su cuerpo "subir y más subir hasta alcanzar la copa de la más grande y la más esplendorosa de todas las criaturas" (p. 411).

Que todo pueda recomenzar a cada instante, que el pasado sea la prefiguración del futuro, ha sido señalado por mitólogos como Mircea Eliade en más de una obra.<sup>10</sup> ¿Cierto? Desde el siglo XX las reacciones contra la linealidad de la Historia crean interés en la teoría de los ciclos: la revalorización del mito de la periodicidad intenta así reintegrarla al tiempo. Si en la repetición de ceremonias la humanidad arcaica buscaba anular las cronologías e integrarse a los ritmos cósmicos, en la experiencia de lo sagrado prefiguraba una realidad elaborada en especulaciones metafísicas. Especulaciones, ¿quién lo niega?

Heredades de oriente... Por ejemplo, si el taoísmo busca el retorno a la unidad original, el budismo y el yoga elaboran un concepto de causalidad en el "karma," protagonizando la necesidad de la transmigración y la ley de la causa y el efecto. ¿Aceptarlo? Aún si *Tierra de Nadie* admite contextos latinoamericanos y europeos en ciertos episodios, sus personajes se protagonizan como "vagabundos del dharma" (p. 272), peregrinos en busca del remoto reino y de la imposible identidad.<sup>11</sup> Ciertamente, aunque la autora pretenda que los viajes galácticos sean tan autobiográficos como los terrenos,<sup>12</sup> es en éstos últimos que la ficción halla su verdad, a lo largo de textos jubilatorios, descriptivos o reflexivos. ¿Negarlo? Al ponerse en escena, las protagonistas convencen, sea en los carnavales caribeños, las basílicas de Umbría, las ruinas cretenses, los templos hindúes o las montañas de Oceanía. Si sus compañeros cambian de raza y nombre en cada espeluznante aventura, la sed de amor es la misma y la noción de haberse involucrado en el mundo. Ciertamente, al repetirse, los ritos adquieren valor paradigmático y el esquema mítico de la Tierra Madre resurge, probando que nada puede crearse sin sacrificio. Autoras de su propio destino, las heroínas se desdoblaron y multiplican, involucrándose en la Historia al denunciar las injusticias de un sistema materialista y totalitario.

### Se trata de revalorizar el tiempo

Ahora bien, si la novela de Angel implica una visión rebelde e inconformista, favoreciendo la construcción de un imaginario transgresor, la de Dupuis no mantiene los mismos niveles de protesta. ¿Por qué? Porque la autora misma está más involucrada en una experiencia iniciática que en una confrontación social. Ya mencionamos su tendencia a la autoficción. Bueno, para llevar la indagación más lejos cabe preguntar: ¿qué tanto de las demás autoras hay en estas mujeres trascendentales, panteístas, sensualistas, andariegas e imaginativas? Admitiendo que el arcángel de Campra pueda ser su animus o yo masculino<sup>13</sup>— resulta difícil negar que

todas cuatro escritoras tienden a la puesta en escena de un ego multifacético e inciden en las peripecias de la autoficción. ¿Reconocerlo? Con respecto a esa novela-de novelas que es *Tierra de Nadie*, Alba Lucía Angel confiesa —ya lo dijimos— que "todo es autobiográfico." En cuanto a Rocío Durán Barba, parece evidente que en la codificación del sueño parisino haya una intención de señalar las taras de una ideología económica regida por el mercado y la globalización, en una urbe Gigante cuya herencia intelectual y estética no puede mucho contra el consumismo y la cultura de masa. Quizás por eso, es en la contradicción ideológica del libro como posibilidad del saber y de la escritura como evidencia del ser que la narradora-testigo halla las claves del ciclo. ¿Y qué decir de Rosalba Campra? Si la autoficción incumbe el monólogo interior y la lengua espontánea, si impone una sintaxis en que la palabra ha de ser orgánica y la memoria vigente, resulta evidente que el arcángel-andrógino llena los requisitos. Bueno, mientras Angel, Dupuis y Durán Barba asumen la visión circular del tiempo, Campra admite su historicidad —aunque burle las cronologías y ose contraponer la ficción al relato factual. En fin, se diría que allí, también, el reconocimiento de mitos y la vigencia de ritos justificatorios crea en la repetición de experiencias un elemento durable. Cabe interrogar entonces: ¿habrá tanta diferencia entre las estrategias angélicas y los prodigios del esoterismo? Se puede afirmar que el querubín de Campra asume su nueva humanidad como las peregrinantes asumen su nueva feminidad. Si para la narradora parisina La Gigante llega a inspirar una kratofanía como manifestación de fuerza, para las nómadas orientalistas la tierra inspira una hierofanía como manifestación de poder. ¿Admitirlo? Sólo creyendo en modelos ejemplares pueden las viajeras proyectarse en la épica mítica; sólo practicando la repetición de actos y ceremonias pueden anular la linealidad histórica y recrear los ciclos. Se trata, sí, de revalorizar el tiempo. Ya lo ha dicho Binswanger, el volver sobre lo vivido implica "un levantarse y caerse de nuestro Dasein, hallado en todas las imágenes religiosas, míticas y poéticas de la ascensión

del espíritu y el peso terrestre o el peso del cuerpo.”<sup>14</sup>

### Notas:

<sup>1</sup> Michel Foucault, “Dream, Imagination and Existence,” 45.

<sup>2</sup> Gastón Fernández Carrera, *El fin de la historia y la depresión de Europa*, 164 y 166. Este filósofo y crítico peruano, fallecido en 1997, se estableció en Bruselas desde su época de estudiante y dejó varios ensayos sobre la crisis del arte contemporáneo. Entre ellos, *L’Art Envie, La Lettre Volée*, Bruxelles, 1996. Sus conceptos sobre el consumismo y la Sociedad de la Abundancia, se asemejan a los R. Durán Barca.

<sup>3</sup> Helena Araújo, “Sobre las Marquecianas,” 227.

<sup>4</sup> Nos referimos a *Dulce Compañía*, Barcelona: Editorial Norma, 1995.

<sup>5</sup> Antonio Melis, “Herencias,” 119. Rosalba Campra ha elaborado ensayos sobre la obra del Nobel colombiano y también sobre la Literatura Fantástica. Recientemente, “Territorio de la Fizione, II Fantastico” (Roma, 2000).

<sup>6</sup> Foucault, op. cit., 64.

<sup>7</sup> Gayatri Spivak, “How to Teach a Culturally Different Book,” 238-240.

<sup>8</sup> Thomas Regnier, “De l’Autofiction, Une Généalogie Paradoxale,” 65.

<sup>9</sup> Cf. Adriana A. Bocchino, “Construcción de un imaginario transgresor,” 79 y 80.

<sup>10</sup> Mircea Eliade, *Le Mythe de l’Eternal Retour*, 108, 114, 176. También se refiere a estos aspectos de la mitología en *Aspects du Mythe*, 30, 107, 171; y en *Mythes, Rêves et Mystères*, 156, 158.

<sup>11</sup> Tal como lo afirma en una carta personal, enviada desde Londres el 1 de noviembre 2004.

<sup>12</sup> *The Dharma Bums* (1958), novela de Jack Kerouac, norteamericano representante de la Beat Generation, constituida por un grupo de trotamundos, orientalistas y amantes de la naturaleza que publican en los años cincuenta y sesenta. Aún más famosa es su novela *On the Road* (1955).

<sup>13</sup> Me refiero a la teoría de C.G. Jung sobre el animus (masculino) y anima (femenina) del inconsciente, en *Dialectique du Moi et de L’Inconscient*, capítulo sobre L’Anima et L’Animus, 159 y 188.

<sup>14</sup> Ludwig Binswanger, “Dream and Existence,” 83.

### Obras citadas:

- Ángel, Alba Lucía. *Tierra de nadie*. Bogotá: Editorial Norma, 2002.
- Araújo, Helena. "Sobre las Marquecianas," en *Gaborio: Artes de releer a García Márquez*. Comp. Julio Ortega. México, D.F.: Jórale Editores, 2003. 227.
- Binswanger, Ludwig. "Dream and Existence." Ed. Keith Hoeller. Trad. del alemán por Forrest Williams. *Review of Existential Psychology and Psychiatry* XIX, 1: 83.
- Bocchino, Adriana A. "Construcción de un imaginario transgresor: Julio Cortázar en los '50." *Hispanérica* (Univ. de Maryland) 97 (2004): 79-80.
- Campra, Rosalba. *Los años del arcángel*. Córdoba, Argentina: Ediciones del Boulevard, 1998.
- Dupuis, Stella. *Memoria del viento*. Madrid: Editorial Verbum, 1998.
- Durán Barba, Rocío. *París, sueño eterno*. Quito: Oquendo Editores, 1997.
- Eliade, Mircea. *Le Mythe de l'Éternel Retour*. París: Gallimar, Idées, 1969.
- . *Aspects du Mythe*. París: Gallimard, Idées, 1969.
- . *Mythes, Reves et Mystères*. París: Gallimard, Idées, 1967.
- Fernández Carrera, Gaston. "El fin de la historia y la depresión de Europa," *Revista Lienzo* (Universidad de Lima) 16 (1990): 164, 166.
- Foucault, Michel. "Dream, Imagination and Existence—An Introduction to L. Binswanger's 'Dream and Existence'." Ed. Keith Hoeller. Trad. del alemán por Forrest Williams. *Review of Existential Psychology and Psychiatry* XIX, 1: 45.
- Jung, Carl G. *Dialectique du Moi et de l'Inconscient*. París: Gallimard, Idées, 1964. 159, 188.
- Melis, Antonio. "Herencias." *Hispanérica* (Univ. de Maryland) 97 (2004): 119.
- Regnier, Thomas. "De l'Autobiographie à l'Autofiction: Une Généalogie Paradoxe (Dossier)." *Magazine Littéraire* (París), mayo 2002, 65.
- Restrepo, Laura. *Dulce Compañía*. Barcelona: Editorial Norma, 1995.
- Spivak, Gayatri. "How to Teach a Culturally Different Book." En *The Spivak Reader*. Ed. Donna Landry y Gerald MacLean, eds. New York: Routledge, 1996. 238-40.